

flores en el cajón del *secretaire*, donde poco antes tenía su dinero;—vete; guarda ó emplea eso, y no le digas á Gaspar, si por dicha te habla de mí, que soy rica.

Alberto dudaba aún; pero una seña de su mujer le obligó á dejar el aposento, llevándose todas las riquezas de Elvira.

Las dos hermanas quedaron solas, y la menor enjugó el llanto que brotaba de sus ojos y corría en abundancia por sus mejillas, frescas y satinadas como una flor cubierta de rocío.

IV

CONSEJOS

—María—dijo Elvira,—quería que nos dejase solas Alberto para decirte lo mucho que padezco; contra lo que yo esperaba, Gaspar ni me ha escrito ni ha procurado verme desde que con tanta grosería nos dejó anteanoche.

—Creo, en efecto, que sufres—respondió María;—tú le amas más de lo que te figuras.

—¡Oh, sí; le quiero con toda mi alma! ¡Jamás había creído amarle tanto! Las horas transcurridas sin verle se me figuran otros tantos siglos... No he podido dormir ni sosegar... Pero dime, ¿cómo es que ni aun ha salido á la mesa? ¿Acaso está sin comer?

—¡No, tonta!—repuso María sonriéndose;—se le ha servido en su cuarto.

—¡Yo tenía una pena pensando que estaría sin comer!

—Conoces muy poco á los hombres, hermana mía. Ellos no pierden jamás el apetito, y muy pocas veces el sueño, al menos en la apariencia; nosotras necesitamos hacer alarde de debilidad, y ellos necesitan hacerlo de fuerza; y así como ellos no dejan jamás de representar su papel, no debemos tampoco nosotras dejar de hacer el nuestro. Éste es el equilibrio social, hermana mía; éste es el equilibrio de la vida, y si quieres ser dichosa, créeme: obsérvalo siempre.

—¡Ay, Dios, cuán tarde vienen tus consejos!—exclamó Elvira;—¿por qué no me los dabas antes?

—Nunca es tarde para el bien, querida Elvira.

—Pero ¿no ves lo que hace Gaspar?

—¿Qué hace?

—¡Ni una palabra en dos días! ¡Ni desear verme, ni salir á la mesa! ¡Ah, bien se desquitará ahora fumando á su gusto!—añadió la joven, con un resto de cólera y de ira que no le fué posible dominar.

—¿Y qué importa que fume?

—¿Qué importa? ¡Que se sale con la suya!; ¡que me pospone á su cigarro!; ¡que hace su gusto, en fin!

—El hombre lo hace siempre, querida mía; apenas puede hallarse en toda la creación un ser más

terco que él, y sólo hay un medio de conseguir que ceda.

—¡Sólo hay un medio! ¿Y cuál es? Dímelo pronto, María.

—Engañarle.

—¡Engañarle!

—Sí, mi querida Elvira, engañarle; pero no en la acepción grosera de esta palabra; no de un modo ruin y culpable, no; hay que emplear, para traerle al camino que deseamos, los medios suaves, dulces, cariñosos, aunque tengamos motivos para rabiarse con ellos, y realmente rabiemos en el fondo de nuestro corazón; á esto llamo yo engañarles.

—¿De modo que todas las ventajas del engaño son para ellos?

—¿Y quién lo duda? ¿No sabes también que el destino de la mujer es siempre sufrir y ser la víctima?

—¿Tal crees?

—Sí, hermana mía; y si llegas á creerlo tú, tendrás más paciencia y te conformarás mejor con tu suerte. El destino de la mujer es la mansedumbre, la obediencia; estas dos cualidades son además sus armas únicas, pero muy poderosas sabiéndolas emplear á tiempo.

—Pero cuando se han de emplear en caracteres como el de Gaspar, ¿se sabe cuándo es tiempo?

—Sí; debe saberse.

—Pues á mí me parece imposible. ¿Cómo le veo yo ahora si no sale de su cuarto?

—Ahora no hay medio, es verdad; por eso te digo que hay que tener paciencia, y teniéndola, conseguirás tu objeto, porque Gaspar te ama.

—¿Quién sabe!

—Yo lo sé, y tú no debes dudarlo; ¿estaría aún aquí si eso no fuese? Así, pues, querida mía, ten prudencia y espera un poco; Gaspar ha de salir de su cuarto, porque la compañía de Alberto no debe bastarle, por ser pocas las horas que le puede dedicar; cuando salga, varía mucho la cuestión: entonces le halagas sin bajeza y sin perder tu dignidad; las mujeres que se rebajan no son estimables, ni pueden ser estimadas; pero tú tienes talento y te sobrarán medios para volver á cautivar, no el corazón de Gaspar, pues ese es tuyo, sino su atención y su afecto.

—¡Ay, Dios mío! ¡No espero conseguirlo, hermana mía! ¡Estoy tan triste, tan desanimada! Y luego, ¿podrá creer en tan repentina variación? Para convencerle, mi enmienda debía tener lugar poco á poco; debía yo reflexionar y acostumbrarme á obrar bien, con prudencia y dignidad. ¡Ay, hermana mía! Soy aún muy joven; pero á los veintiún años que cuento, es difícil cambiar las costumbres de toda la vida; cuanto hasta aquí he visto ó tocado se ha doblegado ante mi voluntad, y hoy me hallo con otra que intenta doblegar la mía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—Y será un bien para ti que lo consiga; sólo dentro de la propia condición se logra la felicidad.

—Estoy convencida—dijo Elvira;—ahora sólo deseo que salga de su encierro. ¡Si supieras, querida María, cuánto he sufrido en estos días! ¡Jamás hubiera creído amar tanto á Gaspar! ¿Cómo es que no quería tanto á Sebastián, que era tan bueno, tan dulce, que se doblegaba siempre á mis deseos y hasta á mis caprichos?

—Eso sucede siempre—respondió María;—lo que más impera en nuestro corazón es lo bueno, lo justo, lo fuerte. La mujer no ama nunca con pasión más que al hombre que la domina; he aquí otra razón en apoyo de lo que hace poco te decía. La condición natural de nuestro sexo es la obediencia, la dulzura, la sumisión; ama siempre al hombre que le es superior y que sabe dirigirla; necesita obedecer y no mandar; necesita amparo, no ser ella la que ampare; necesita apoyo; no sabe apoyar, ni puede hacerlo; por eso amas ya á Gaspar mucho más de lo que amaste á Sebastián. Aquél era la dulce y débil caña que se doblegaba á impulsos del viento; éste es el fuerte roble que ha de protegerte de los amagos de la tempestad; pero si aquél podía soportar la contradicción, la violencia y hasta el insulto, éste sólo cederá á la dulzura y al cariño.

—Gracias por tus consejos, María—dijo la joven con los ojos animados y brillantes;—siento

aquí en mi corazón que son buenos y leales; lo sé, lo conozco y los seguiré.

—Y tú serás dichosa al fin.

—¡Gracias á ti! Pero—añadió Elvira, en cuya alma, verdaderamente generosa, no tenía cabida ni aun el egoísmo de la propia dicha,—¿será posible que ahora que yo tengo alguna esperanza de ser feliz, dejes de serlo tú? ¿Sabes lo que Alberto me ha dicho?

—Sin duda lo que me ha dicho á mí también—respondió María con una triste sonrisa;—que la Condesa es quien nos pierde.

—Eso mismo. ¡Ella está en Madrid... No ha salido, y acecha á su presa con mirada incansable!

—Por ahora, y gracias á tu cariño, sus golpes han quedado sin efecto.

—Pero dará otros nuevos y mayores, y es preciso cortarle la mano, ó atársela por lo menos.

—¿Qué quieres decir?

—Que iré á verla yo lo antes posible.

—Mas ¿para qué?

—Para decirle lo que merece. ¡Para decirle que deje en paz á tu marido!

—¿Y crees que lo hará?

—Al menos se puede abrigar alguna esperanza de conseguirlo.

—Ninguna, Elvira; tú no conoces á esa mujer fiera, vengativa cuando se la provoca, arrogante cuando se la manda. Sólo la súplica podría alcan-

zar algo de ella; el insulto es inútil, y tú no sabrás descender hasta el ruego.

—¡Rogarle á ella, á esa mujer sin delicadeza ni pundonor?

—A esa mujer, como á todas las que han perdido esas dos bellas dotes, adorno de su sexo, no las asustan las amenazas.

—¿Quién sabe?

—¡Las exasperan! Cuanto más rebajadas están á sus propios ojos, más hay que enaltecerlas, si algo se quiere conseguir de su carácter de hierro; hay que remover en su pecho las semillas de la honradez, si es que queda alguna, por pequeña que sea, y tal vez den fruto.

—Pues yo no pienso como tú; y si es que absolutamente no me lo prohibes, quiero ver á Celia. Ella es parienta mía, y me manifestaba cuando vivía Sebastián deferencias y afecto, aunque fuera fingido; yo le hablaré y penetraré sus miras.

—¡Haz lo que te parezca!—respondió María con abatimiento y doblando sobre el pecho su linda cabeza.

—Vamos, ahora soy yo la que te pide que tengas valor—dijo Elvira, tomando afectuosamente la mano de su hermana;—yo procuraré dominarme, y quizá conseguiré que Celia desista de sus funestos propósitos de venganza. ¿Quieres que lo pruebe?

—Haz lo que quieras—repitió María.

—¿Pero no esperas nada de este paso?

—¡Nada!

—Sin embargo, estoy resuelta á darlo.

—Yo te lo agradezco, mi amada Elvira; más eficaz sería que la viera yo. ¡Oh, sí; estoy segura de que la persuadiría! Pero tal paso no conviene á mi decoro, y no lo daré.

Calló María, y volvió á quedar sumergida en una meditación dolorosa; su hermana no se atrevió tampoco á interrumpirla; aquélla fué por fin quien volvió á tomar la palabra.

—Dime, ¿es cierto que has visto á la Condesa esta mañana?—preguntó á Elvira.

—Sí—respondió ésta.

—Y... ¿está aún bonita?

—Más bonita que nunca; fuerza es confesarlo. Lo poco que ha variado ha sido para mejorar. Sigue delgada, esbelta, ligera como una sílfide; su cabello es más hermoso, y está dispuesto con más gracia y elegancia; sus ojos han adquirido una mirada más elocuente y atrevida; anda con una gracia y una coquetería extremadas; me parece que ha crecido, y su gallarda estatura estaba realzada por un traje de mañana del mejor gusto; figúrate que llevaba un vestido de seda color de avellana, un chal de la India y un sombrero de raso y blondas coquetamente adornado de flores.

—¡Esa mujer tiene todas las seducciones!—murmuró María con acento profundo y sombrío;—la de la cuna, la de la riqueza, la de la hermosura, la de la coquetería; es libre, tiene talento,

un alma ardiente y un corazón que es un abismo... ¿Por qué poseen tantas armas los malvados y tan pocas los inocentes?

—Vamos, vamos, no hay que desmayar—dijo Elvira;—tu marido te ama; esto no puedes dudarlo, y es lo más esencial. Vuestra fortuna está á cubierto en tanto que yo conserve la mía; paciencia, pues, y todo se remediará. Ahora soy yo la que te aconseja. ¿Qué te parece?

—Me parece que yo te obedeceré mejor que tú á mí.

—Pues yo espero obedecerte; y mira: sólo con esta esperanza estoy ya más alegre, más confiada. Ea, vete y di á Alberto que si Gaspar le habla de mí, no le dé la razón en contra mía.

—¿Y puedes tú pensar que...?

—¡Bah! Todos los hombres hacen alianza contra nosotras.

—No lo temas de Alberto.

María besó á su hermana en la frente, y salió más consolada de lo que había entrado.

¡Oh puro y santo amor de la familia, tú eres el talismán que hace desaparecer todos los dolores del alma! ¡Tú eres el mago bienhechor que vuelve de color de rosa los más sombríos horizontes! ¡Tú eres, en fin, uno de los mayores beneficios que nos ha otorgado la bondad del Todopoderoso!

V

EL AMOR PROPIO

En tanto que las dos hermanas habían estado juntas, Gaspar había tenido también una larga conferencia con Alberto.

Muy ajenas estaban María y Elvira, al aconsejar la primera á la segunda que esperase con paciencia el fin de la reclusión de Gaspar, de que ésta terminaría en tanto que ellas hablaban.

Así fué en efecto. Gaspar, cansado sin duda de su encierro, ó tal vez habiendo reflexionado en él todo cuanto necesitaba reflexionar, le dejó y se dirigió al cuarto de Alberto.

Éste, hasta la hora de salir, se había ocupado en contar los valores que le entregara Elvira.

—¡Tan enorme suma—se dijo—debe haberla sacado de la casa donde su marido la había colocado, y al venir á Madrid la traería sin cuidarse de ponerla á interés! ¡Oh, la pobre niña cuánto necesita de una persona que la dirija, y cuán dichosa sería con Gaspar! ¿Pero se realizará este enlace? No lo sé, aunque casi lo espero. ¡El es bueno, y ella!... ¡Oh, si ella supiera el bien que me ha hecho con su desprendimiento, con su generosidad! ¡Yo se lo pagaré, sí! ¡Yo colocaré su fortuna de modo que se triplique y pueda un día decirle: aquí tienes lo

que me entregaste, aumentado en mucho; eras rica, te confiaste á mí, y yo te he hecho opulenta!

Semejantes reflexiones fueron interrumpidas por la llegada de Gaspar. Este entró sin anunciarse; tenía los ojos velados y rodeados de ojeras, y estaba algo pálido, conociéndose en lo abatido de su semblante que no había dormido casi nada en las dos últimas noches; pero su aspecto tenía algo de fiero, de decidido y de conquistador.

Este alarde de fuerza es el recurso de las almas débiles; el que se reconoce fuerte permanece siempre tranquilo; sólo el débil es quien se esfuerza en aparecer decidido y terrible.

—Ahora iba yo á entrar en tu cuarto—dijo Alberto, encerrando en uno de los cajones de su buró el depósito de Elvira.

—Viendo que tardabas un poco—repuso Gaspar,—he venido yo para decirte que ya he tomado una resolución.

—¿La de casarte?

—No; la de marcharme.

—¿Cómo! ¿Qué dices!

—Que esta misma noche me voy á Granada.

—¿Esta noche?

—En el correo.

—¿Sin casarte!

—¿Dios me libre de semejante cosa! ¡El matrimonio es tan perverso manjar, que sólo con olerle se me ha indigestado!

—¿Pero no me has dicho mil veces que sólo deseabas ser esposo de Elviva? Á no ser por mí, por mis consejos, ¿no estarías ya casado con ella?

—Cuando eso dije estaba ciego por el amor que me inspiró su belleza; pero luego vi la verdad, la horrible verdad, que me enseñó, en vez del cielo sin nubes que yo me forjaba, un infierno, del cual quiero á toda costa librarme.

—Vamos, vamos—exclamó Alberto riéndose,—¿tienes el carácter más original que es posible hallar!

—Tengo un carácter bueno y razonable por demás.

—¿Pero muy exagerado! ¡Salta una chispa, y ya ves en ella un incendio, y empiezas á dar gritos sin que te ocurra que la puedes apagar con sólo poner el pie encima!

—Ya sé—dijo Gaspar confuso—que en algunas ocasiones me sulfuro por poca cosa; mas, vamos, que el matrimonio es una chispa del tamaño del Vesubio, y francamente, me inspira gran respeto...

—¿Pero si eso te lo he dicho yo antes de ahora! Y sin embargo, ese terrible incendio se domina con gran facilidad.

—¿Ya, con los pies! Esto es, huyendo.

—Con fe, prudencia y cariño.

—Mi remedio es más seguro.

—Huir de un mal no es curarle.

—Jamás me he propuesto ser médico.

—Y veo también que jamás has amado á Elvira.

—¿Qué dices? ¡No sabes tú hasta qué extremo llega mi cariño!—exclamó Gaspar con vehemencia.

—Pues entonces, si hay amor, falta sólo prudencia para que ese infierno quede convertido en gloria; no lo dudes, amigo mío; aún puedes hallar tu sol de invierno.

—Querido Alberto, perdona que te diga que hay muchas ocasiones en que soy prudente en demasía.

—Eso no basta; es preciso que lo seas siempre.

—¡Es que Elvira nunca lo es!

—¡Ya lo sé! Pero lo será alguna vez si tú le das el ejemplo. La mujer es un ser débil, con quien los hombres debemos tener mil atenciones y miramientos.

—¡Ya! ¡Es un ser débil; pero no lo es para acumular mil defectos y mil faltas!

—Que nosotros debemos corregir con dulzura, y sin que advierta que la queremos echar de preceptores.

—¡Qué tontería! ¡La mujer es incorregible! Y luego, ¿dónde hay paciencia que resista?... Vamos, yo te ruego que me digas lo que harías, si al encender un cigarro te dijera tu mujer: «¡Que no fumes!»

—Tiraría el cigarro, y ella me rogaría que volviera á fumar.

—Supondremos el ruego, que es bastante suponer. ¿Y si fueras á salir y ella se opusiera?

—No saldría; y al verme ella sentado y tranquilo, vendría á darme el sombrero.

—Pero, hombre, ¿y si no te lo daba? ¿Y si perdieras un pleito con las costas y no te dejara ni aun el derecho de rabiar? ¿Y si, sobre todo eso, te hiciera estar con los brazos así..., en cruz, para sostenerle una madeja? ¿Y si tuviera el capricho de enterarse de una carta que tú te hubieras propuesto que no viera? ¿Y si después te llenase de improperios, qué harías? Pedir á Dios un tabardillo, imitando el sabio, aunque triste, partido que adoptó tu cuñado y su primer esposo, para descansar sin duda.

—¿Has concluido de hablar?

—Sí.

—¿Puedo yo hacerlo ya?

—Sí.

—Pues oye: casi en igual situación que tú me he hallado yo también; pero obtuve resultados muy felices, mi mujer...

—¡No me hables de ella!—interrumpió Gaspar con enojo;—¡me tiene contento! ¡Pero, al fin, mujer, y basta!

—¿Qué oigo?—preguntó Alberto riéndose;—¡ya no admiras su talento ni su bondad!

—¡Cuando estaba sufriendo yo las injusticias de Elvira, tuvo valor para darle á ella la razón! ¿Piensas que lo he olvidado?

—¿Es posible que siempre hayas de juzgar así de las cosas? María condena más que nadie el ca-

rácter de su hermana; pero conociendo hasta dónde puede llegar en sus arrebatos, le dió la razón, como se le da á un niño que nos aturde con su llanto y con su cólera, para acallarle por el pronto y dejarle dispuesto á escuchar algún consejo útil y provechoso.

—¡Es posible!—murmuró Gaspar casi avergonzado.

—Tal vez María se halle ahora con su hermana haciéndole ver sus imprudencias.

—¡Y yo la estaba culpando!

—¡Mi mujer es un ángel! Hace dos días volví á casa agobiado con el peso de una gran desgracia...

—¡Qué dices! ¿Has perdido algún pleito también?

—No; pero perdí doce mil duros en la Bolsa.

—¡Santo Dios! ¿Vendrías hecho una furia, y con razón?

—No lo creas; vine sigilosamente, á fin de encerrarme en mi cuarto y salir después sereno, para evitar á María un disgusto. Pero ¿qué se oculta á su talento, á su corazón? Conoció que sufría; me exigió que la dijese el motivo de mi pena, y al saberlo, lejos de llorar ó irritarse contra mi mala suerte, me hizo tales reflexiones, encontré tanto consuelo en sus palabras, que no pude menos de bendecirla una y mil veces y olvidar mi contratiempo.

—¡Feliz tú! ¡También Elvira logró que yo olvidase la pérdida de mi pleito, pero á fuerza de

imprudencias y disgustos mayores! ¡Vamos, si es insufrible! ¡Y para que nada falte, hasta su empeño en ver la carta!... Esa carta que me trajeron hace dos días; porque no se la enseñé, se ha puesto hecha una furia.

—Pues mira: á mí también me trajeron una carta sospechosa; ¿de la Condesa!

—¡Ah, ya! ¿De aquella jovencita de ojos negros, por la que no sosegabas en París, por la que tanto sufrías?

—¡Sí; de aquella por quien tanto hice el necio! Pues bien, recibí la carta. María la vió; conocí que empezaban á atormentarla los celos, á pesar de su prudencia y de su delicadeza. Mas cómo he olvidado todos mis devaneos, y no trato de aventurar por un capricho su sosiego y el mío, se la entregué, y no dudó de mi amor y de mi fidelidad. Da la tuya á Elvira, y es lo mejor.

—¡Yo!—exclamó Gaspar; — ¡yo humillarme á ella, cuando soy el ofendido! ¡Nunca! Además, tengo mis razones, que me obligan á ocultarle esa carta.

—¿Aún andas en trapisondas?

—¡Qué disparate, hombre; si la carta es de Samper! Fui á su tienda á comprar un aderezo para Elvira; pero quise que grabaran sus iniciales en un medalloncito que forma el broche del collar; y como le dí mucha prisa, me avisa que ya está hecho y que pase por él cuando guste; toma, entérate si quieres.

Gaspar sacó la carta de su bolsillo, y la alargó á Alberto; éste la tomó y pasó por ella la vista: contenía sólo tres renglones concebidos en los términos expresados por Gaspar.

—Te repito—dijo Alberto—que debes enseñar esta carta á Elvira.

—¡Te repito que no puede ser!—respondió Gaspar algo incomodado.—¿No conoces que en ese caso pensaría que busco los medios de reconciliación?

—¿Y qué mal habría en eso?

—¡Que no los busco, ni pienso!

—¿Todo lo has de llevar á sangre y fuego?

—¡Cuando tengo razón, sí!

—¡Pues es muy mal sistema! Y debo decirte que ahora, más que tu razón, te aconseja tu amor propio herido.

—No te diré que no.

—Gaspar—observó Alberto gravemente,—Elvira es buena, créeme, y te ama mucho; no te hablaré de su belleza, porque sé que se la concedes y que te parece lo que es, encantadora; tampoco te hablaré de sus riquezas, porque creería ofenderte; sólo te diré que, tras de la aspereza de su carácter, hay un corazón tierno y un alma elevada y noble; eso vale mucho, y debes tenerlo en cuenta.

—Con eso sólo no se halla la felicidad.

—¡Te ama!

—¡No lo creo! Si me amase, no me mortificaría con su genio.

—Te dejo para que reflexiones á solas; la ira es muy mala consejera.

—No tengo nada que meditar.

—Cariño y prudencia.

—Un billete en el correo.

Alberto hizo un gesto de enojo y salió.

Gaspar se recostó en un sillón, y quedó algunos instantes meditabundo.

—¡Hola! ¿Ya hemos roto la clausura, señor cenobita?—preguntó á su espalda una dulce voz.

—¡Señora!—murmuró Gaspar levantándose, porque había reconocido el acento de María.

—Tenía grandes deseos de ver á usted—prosiguió ésta;—pero sentiría haber venido ahora á incomodarle.

María dijo estas palabras con visible distracción; luego añadió:

—Venía aquí á escribir un billete á una amiga mía, porque, por lo regular, el tintero de Alberto está mejor arreglado que el mío; por lo mismo, si usted me lo permite, pondré dos renglones.

Gaspar se inclinó, y volvió á sentarse pensativo á alguna distancia de la mesa, ante la cual se había sentado María.

Esta escribió rápidamente algunas líneas, cerró el billete y llamó.

El ayuda de cámara de Alberto se presentó en seguida.

—Ambrosio—dijo María,—dé usted esto á

Pepa, y dígame que lo lleve al instante adonde dice el sobre.

El criado salió; el sobre decía: *Para la señorita Elvira.*

María se volvió luego á Gaspar, que permanecía aún pensativo.

—Conque vamos—le dijo,—¿volverá usted á encerrarse?

—No, amiga mía—respondió Gaspar,—me marchó esta noche.

—¡Esta noche!—repitió María, con voz trémula de sorpresa;—¿y adónde?

—A Granada; y me alegro de que haya usted venido aquí, porque iba á buscarla para pedirle perdón.

—¡Perdón! ¿Y por qué? ¿Me ha hecho usted alguna ofensa? En ese caso, dígame usted para absolverle de ella.

—Pues bien, María: sepa usted que he estado muy enojado con usted.

—¡Qué escucho! ¡Usted enojado conmigo! ¿Y por qué motivo?

—Porque dió usted la razón á su hermana contra mí, y porque al cortar nuestra reyerta aplacando á Elvira, me pareció usted tan injusta y tan necia como ella. Pero Alberto me ha revelado la verdad de todo, y me ha hecho ver la nobleza del proceder de usted, y aquí me tiene arrepentido de mi ligereza...

—¡Y perdonado!—dijo María con una graciosa

sonrisa, y alargando su pequeña y linda mano á Gaspar.

—¡Qué nobleza!—exclamó éste, estrechando aquella mano.

—¡No tanta como usted cree!—repuso la joven;—porque, después de perdonarle, tengo que reprenderle.

—Pues empiece usted, porque no quiero verla enojada conmigo.

—Pues bien, allá va. ¡Elvira es algo vehemente!...

—¿Vehemente?—preguntó Gaspar con una sonrisa amarga.

—¡Si; pero le quiere á usted mucho! Ahora, sin embargo, está muy incomodada con usted.

—¡Es cosa rara!—dijo Gaspar con ironía.

—¡Sí que lo es!—repuso María;—porque lo que es ahora, no es su queja infundada.

—¡Dígala usted, amiga mía, y veremos!—observó Gaspar dominándose.

En éste momento se vió aparecer una figura ligera y esbelta entre las cortinas de seda que cubrían la puerta que comunicaba con la habitación de María: era Elvira, avisada por el billete de su hermana.

—Pues bien—continuó María,—mi pobre hermana tiene celos.

—Pero ¿por qué?—preguntó Gaspar.

—Porque no la enseña usted cierta carta...

—Señora—dijo Gaspar,—aquí está la carta; sea

usted juez en esta cuestión, y verá cómo no tiene motivo ninguno de queja.

Al pronunciar estas palabras, Gaspar presentó el billete á María; ésta lo leyó, y le dijo con voz conmovida:

—Veo que mi hermana ha sido injusta; ha dudado de su amor, cuando usted le estaba dando una prueba de él.

—¡Qué oigo!—murmuró la esbelta figura detrás de las cortinas.

—¡Yo no sé engañar, no sé mentir—prosiguió Gaspar con amargura,—y sin embargo!...

—Estoy toda de parte de usted, mi buen amigo—dijo María afectuosamente.—¡Y si mi hermana supiera!...

—Es inútil que sepa nada, querida amiga—respondió Gaspar;—sólo deseo que la dé usted un consejo en mi nombre.

—¿Y por qué no se lo da usted?

—Ya he dicho á usted que me marchó esta misma noche.

—¿Sin despedirse de ella?

—Quisiera evitarlo.

—Oigamos, pues, el consejo.

—Dígala usted en mi nombre que si algún día piensa en casarse, lo que no dudo, atendida su edad, piense también que el hombre busca alegría en su casa, y en su hogar el consuelo de todos sus sinsabores; que la paz es la base de la felicidad del esposo y de la esposa; que para ésta debe ser

más grato verle alegre y complacido á su lado que verle hastiado y cansado de sufrir; y que si al fin se abusa mucho de su paciencia, se exalta su imaginación, y para aliviar sus sinsabores domésticos, va á buscar en la casa ajena la dicha y el contento que le faltan en la suya.

—¡Tiene usted razón!—dijo María con voz alterada por la emoción.

—¡Paciencia!—repuso Gaspar reprimiendo un suspiro;—todo se ha torcido, y no era eso, en verdad, lo que yo esperaba.

—¡Oh, Dios mío, cuán injusta he sido!—murmuró Elvira en la puerta.

—¿Me manda usted algo?—preguntó Gaspar volviéndose hacia María.

—¡Nada!—respondió ésta.

—Entonces, amiga ¡mía, permítame usted despedirme.

—¿Conque ha hecho usted empeño en marcharse?

—Esta misma noche.

Elvira, al oír esta decisión, contuvo una exclamación de dolor.

—Yo creía—dijo María—que usted iba ahora á salir, pero para ir á otra parte.

—Y... ¿adónde?

—¡A la Vicaría!

—¡Pues es el viaje más largo, y lo siento! ¡Me hallaba yo aquí tan bien entre ustedes!

—Permítame usted que lo dude; pero, en fin,

creo que no debe irse sin despedirse al menos de Elvira, justamentè está aquí...

María, al decir estas palabras, y como si hubiera visto por la espalda á su hermana, la tomó de la mano y se la presentó á Gaspar.

—Tengo que hacer—dijo después graciosa-mente; —hasta después, Gaspar; adiós, Elvira.

En seguida levantó la cortina, y salió con paso ligero de la estancia.

VI

LAS ARMAS DE LA MUJER

Elvira se detuvo á pocos pasos de Juncosa. Estaba encarnada como una bella rosa de Mayo; tenía la cabeza baja y fijos los ojos en un bordado que traía en la mano.

Era un pañuelo de hombre, á juzgar por su tamaño; una de sus puntas tenía dibujada una flor muy linda, que era la que Elvira bordaba.

Gaspar, por su parte, estaba también cortado y confuso; aquella mujer ejercía sobre su ánimo un ascendiente extraordinario; en su presencia estaba turbado, y por eso había querido evitar el despedirse de ella.

Elvira fué la primera que rompió el silencio, diciendo suavemente á Gaspar:

—¿Por qué está usted tan callado?

Juncosa levantó la cabeza, sorprendido de la dulzura de aquel acento; la voz de Elvira, melodiosa ya de sí, se asemejaba, al pronunciar aquellas palabras, al canto de un pájaro. Gaspar se adelantó dos pasos y no supo qué responder.

—¿Está usted aún enfadado conmigo?—tornó á preguntar la joven con mayor dulzura y mansedumbre, y dando ella hacia Gaspar otros dos pasos.

—No, señora—contestó éste, retrocediendo los dos pasos que Elvira se había adelantado;—y ¿por qué había yo de estar enfadado?

—¿Quién sabe?—repuso Elvira;—sucede que sin querer... Pero ¿por qué no se sienta usted, amigo mío?

—¡Ya!—se dijo Gaspar;—quieres ahora conquistarme con tus gazmoñerías, ¿eh? ¡Pues no lo lograrás!

Y dejándose caer en un sillón que estaba colocado al otro extremo de la estancia, añadió en voz alta:

—Ya he complacido á usted.

—¡Pero qué lejos, Dios mío!—dijo Elvira, mirándole con ternura.

—Más cerca—respondió Gaspar, acercando un poco su sillón.

—¡Está usted hoy extravagante!—murmuró Elvira con una sonrisa.—¡Véngase usted á mi lado! ¿Acaso me teme?

—¿Yo?—preguntó Gaspar mirando á Elvira con